



Mi general Santander

Carlos Julio Cuartas Chacón*

La conmemoración del bicentenario de la Batalla de Boyacá me hizo volver sobre la vida de Francisco de Paula Santander, a quien conocí de niño en las clases de Historia Patria. En mi memoria, su nombre quedó fijado desde entonces entre los próceres de la Independencia, reconocido nada menos que como "el fundador de la República". Honrado junto a Simón Bolívar, el Libertador, en los billetes de Colombia, el rostro de Santander, hasta hace unos años resultaba familiar para sus compatriotas.

Como todas las grandes figuras históricas, Santander ha tenido amigos y también detractores, autores que lo han idealizado y otros que, por su odio, -sentimiento que en nuestro tiempo se ha hecho cultura-, han tratado sin descanso de desprestigiarlo. Por supuesto, en su vida, como en la de todo ser humano, hay luces y sombras porque junto a las cualidades y virtudes que sustentan su grandeza, hubo defectos que explican sus errores y desaciertos. Ciertamente, los héroes, entre ellos los santos, no se forjan en probetas esterilizadas a prueba de infecciones, sino en ese barro maleable, que a veces se hace fango y acoge las miserias del hombre, que solo con un compromiso inquebrantable con el bien se puede transformar en grandes obras.

El Santander que yo conozco, que respeto y admiro, en estos tiempos en que se ha querido hacer desaparecer a los grandes personajes, es el bartolino, "el primero y más ilustre", según senti-

do elogio del padre Félix Restrepo, S.J. en 1940; el joven de dieciocho años que abandona sus estudios para incorporarse a los ejércitos que, enarbolando las banderas de la libertad, lucharían contra el dominio español desde 1810; el comandante militar que se unió a Bolívar y trabó con él una entrañable amistad sellada para siempre en el Puente de Boyacá, relación que años después se vino a pique, no tanto por diferencias de pensamiento, sino por intrigas de sus áulicos y cortesanos; el estadista que quiso organizar la nación que había empezado a formarse a punta de las armas, y que en las leyes buscaba luces para su futuro; el ilustrado neogranadino que sabía el valor que tenía la educación para asegurar la dignidad de los ciudadanos y fortalecer las instituciones democráticas. Ese es mi general Santander.

Hace años tuve la fortuna de conocer la carta, -autobiográfica como lo es todo escrito de una persona-, que el 29 de abril de 1827 le envió Santander a Bolívar, con la cual aceptó la solicitud del Libertador de poner punto final a la correspondencia que habían mantenido. En esa, la última misiva que dirigió a su "muy respetado General", reconoció que al final habían triunfado "los encarnizados enemigos que estaban trabajando por separarlo del corazón de él". Cierra su escrito Santander con estas palabras:

"mis votos serán siempre por su salud y prosperidad; mi corazón siempre amará a Ud. con gratitud; mi mano jamás escribirá una línea que pueda perjudicarlo, y aunque Ud. no me llame en toda su vida, ni me crea su amigo, yo lo seré perpetuamente con sentimientos de profundo respeto y de justa consideración". Tres años después, poco antes de morir, un Bolívar cansado y enfermo, melancólico, confesaría que el no haberse "reconciliado con Santander nos perdió a todos". Una década más tarde, en 1840, "el cucuteño" moriría en la capital de la República, rodeado del afecto y el respeto de sus conciudadanos.

En el campus de la Javeriana encontramos los bronce de Bolívar y Santander, este último en la plazoleta de entrada a nuestra Facultad de Ciencias Jurídicas. A su lado pasan los estudiantes que

Ilustrado neogranadino que sabía el valor que tenía la educación para asegurar la dignidad de los ciudadanos y fortalecer las instituciones democráticas.

se preparan para continuar dando forma a esa Nación independiente forjada hace doscientos años. Muy pocos saben que, no lejos de la Javeriana, en el Panteón de los Inmortales del Cementerio Central de Bogotá reposan los restos de Santander, el hombre que vivió 48 años y que llegó al sepulcro portando sobre su pecho el inconfundible monograma IHS, bordado en oro sobre el rojo de la beca bartolina que había vestido por primera vez en 1805

*Asesor del Secretario General